

Las desdichadas del mundo

El tiempo de las Amazonas

MARVEL MORENO

Alfaguara, Bogotá, 2020, 331 pp.

SIEMPRE ES complejo abordar de forma crítica una obra aparecida entre tanta expectativa como esta novela póstuma de Marvel Moreno, que permaneció inédita durante más de dos décadas y estuvo rodeada de una fuerte polémica entre quienes abogaban por la necesidad de su publicación, de acuerdo con lo que se entendía eran los deseos expresados en vida por su autora, y la postura de sus familiares y derechohabientes, que consideraban que no estaba a la altura del resto de su obra. Sus hijas, en el prólogo a la edición, insisten, para explicar el retraso en la decisión de publicar, que el texto puede resultar “una obra gris”, con “imperfecciones”, escrita “con un estilo a veces directo y expeditivo que puede sorprender” a quienes ya han leído sus relatos (pp. 11-12). En todo caso, y entre otras muchas cuestiones, el evidente interés colectivo en poder leer *El tiempo de las Amazonas* vino a demostrar también que la figura de Moreno había adquirido con el tiempo un potente posicionamiento más allá de lo estrictamente literario y una dimensión crecientemente icónica, por muchos motivos.

Quienes tuvieron acceso al manuscrito del libro antes de su esperada publicación por la editorial Alfaguara en 2020 habían ya señalado que *En diciembre llegaban las brisas*, la primera novela de Moreno, cristalizaba la visión de la autora sobre el universo social, cultural y sentimental de Barranquilla, su ciudad natal, mientras que su segunda (y desafortunadamente última) novela suponía la elaboración literaria de sus vivencias parisinas, aunque en ningún caso debía entenderse el libro como un texto autobiográfico al uso. Sin embargo, esta separación entre las dos obras no es tan definitiva o nítida como podría parecer de entrada. En la primera novela (publicada inicialmente en 1987 por la editorial Plaza & Janés), Lina, la narradora que de algún modo aglutina los distintos hilos novelescos –y articula también las vivencias de

otras tres mujeres, Dora, Catalina y Beatriz–, habla al lector sobre Colombia, no sobre Europa, pero lo hace desde el recuerdo, precisamente desde ese París en el que Marvel Moreno viviría las últimas décadas de su vida, y en el que habitan su presente los personajes de *El tiempo de las Amazonas*. En ambas novelas, la memoria, el relatar (el contar y volver a contar) la propia vida (y la de las demás), es la pulsión, el latido fundamental; y en ambas esto se hace de manera coral, mediante la agregación de voces y miradas que se entrecruzan, se reconocen, se dibujan y desdibujan y se representan y reconstruyen mutuamente, formando un mosaico que trata de acercarnos, desde un caleidoscopio narrativo, a una realidad que desborda lo meramente individual para denunciar una tragedia social. Por otra parte, la dualidad entre la realidad conservadora del lugar de origen y el contexto parisino, cristalizada en *El tiempo de las Amazonas* en ese grupo de emigrantes, expatriados y exiliados latinoamericanos en la capital francesa, permite también a la autora situar en un nuevo plano su mirada crítica a las idiosincrasias de la opresión de género del otro lado del Atlántico: “[...] lo que aparecía en una ciudad latinoamericana amplificado hasta la caricatura, ella lo encontraba de cierta manera en la mayoría de sus amantes: la reticencia ante el placer de las mujeres” (p. 106).

Luna Miguel se ha referido a Moreno como la Anaís Nin del Caribe y ha señalado, entre otros, dos elementos fundamentales de esta novela, uno de carácter más bien formal y otro de naturaleza más sustantiva: en primer lugar, la apuesta por el uso del “cotilleo” como técnica narrativa; en segundo lugar, el hecho de que *El tiempo de las Amazonas* es una historia polifónica sobre la sexualidad, las insatisfacciones, los adulterios, a través de las historias de tres primas colombianas (y quienes las rodean), cuyas experiencias entrecruzadas hablan en última instancia de la necesaria liberación del deseo femenino y el arduo camino hacia la libertad individual y la igualdad colectiva. Mientras el sustrato temático conecta directamente con las inquietudes ya elaboradas por la autora en sus otras obras, la primera característica señalada –a la que el prólogo se refiere como “profusión de historias,

de anécdotas y de relatos de vida” (p. 11)– solo asomaba de manera ocasional en sus relatos y novelas anteriores, y a menudo parecía la expresión del sustrato socioeconómico de muchos de los personajes, de clase acomodada, habituales de fiestas, salones, tertulias y chismorreos. Por ello, quedará por averiguar si en el caso de esta novela se trató efectivamente de una apuesta consciente y decidida de la autora, una forma de construir una voz a partir de la repetición prosaica de punzantes dramas cotidianos, o el resultado de su prematuro fallecimiento y de que el material literario recogido en estas páginas no hubiera contado con el tiempo para ser elaborado ulteriormente y finalizado de manera definitiva.

“Para Gaby el amor debía imponerse a las convenciones sociales y la sexualidad les permitía a los hombres y a las mujeres afirmarse en el mundo, conquistar su independencia” (p. 51). Quizás esta frase, referida a la que termina imponiéndose como protagonista (*primus inter pares*) de *El tiempo de las Amazonas*, pueda resumir de manera muy simplificada el principal leitmotiv que atraviesa toda la obra narrativa de Moreno. Esta novela vuelve a estar construida en torno a la infelicidad de las mujeres derivadas de una subyugación sistémica –“pocas mujeres podían jactarse de vivir como les diera la gana”, “vivían prisioneras de los hijos, de las convenciones sociales o del amor” (p. 128)– y a la idea del control sobre el propio cuerpo y el propio erotismo como clave de autoafirmación y de empoderamiento –“la felicidad de tener un cuerpo lúdico, no destinado a la maternidad ni a la satisfacción avergonzada de los deseos masculinos” (p. 136)–. Todo ello sin complacencia, con toques de “autocrítica” –“víctimas del sistema, las mujeres se volvían sus cómplices”; “ella les dejaba a otras la denuncia del patriarcado” (p. 129); “todos los hombres le parecían sus enemigos, pero no adhería a las teorías feministas porque desconfiaba aún más de las mujeres, incapaces de solidaridad entre ellas” (p. 133)– a veces sorprendentes.

Por un lado, ello conecta por momentos, de manera más amplia, con una reflexión general sobre el peso de las relaciones de poder y sobre la dialéctica entre vencedores y vencidos (y vencidas), entre víctimas y verdugos

–“los desdichados del mundo entero tenían el mismo aire desolado, la misma expresión abatida. A él no le gustaba formar parte de los vencidos” (p. 62)–; incluso sobre la agotadora necesidad de vivir en una batalla permanente contra las injusticias –“dite que estás en plena guerra” (p. 74)–. En otros momentos, en cambio, parece convertirse en una variación cuasi infinita de historias de celos, de amoríos a veces frívolos, a veces descarnados; de hombres divididos entre sátiros, eyaculadores precoces e impotentes; de inseguridades convertidas en agresiones, de personas atrapadas en sus propias contradicciones, que no dejan de herirse las unas a las otras, abandonándose sin remordimientos o haciéndose la vida imposible mutuamente hasta la extenuación.

Quizás lo más propio de esta novela, dentro de la obra literaria de Moreno, sea lo explícito de la crueldad de las relaciones abusivas que se retratan –“a veces, al entrar en el cuarto donde ella creía estar agonizando, le preguntaba entre indignado y adolorido: ‘¿No te has muerto todavía?’” (p. 76) –, así como la presencia descarnada de la enfermedad y la muerte, en un probable eco doloroso de la angustia de la propia autora en sus últimos tiempos –“un viento de pánico le recorría ahora el alma. Tenía miedo de morir y de las congojas que precedían a la muerte” (p. 74)–. Mas allá de eso, *El tiempo de las amazonas* expande y reitera temas ya tratados de forma más cristalina en sus relatos (*Cuentos completos*, Alfaguara, 2018), entre los que, en mi opinión, destacan por su excelencia los de *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (1980).

Sergio Colina Martín